

la práctica médica, de la industria farmacéutica y del mercado cultural de esta nueva tipología de sufrimiento humano, es a lo que Moscoso dedica su último capítulo. Bajo el nombre de *Reiteración*, analiza cómo la propia existencia del dolor crónico depende de la creación, por acumulación de testimonios, de una narración colectiva homogénea que recupera la voz de quien sufre. Solo a través del testimonio de quien se duele es posible resignificar cultural y clínicamente el dolor en las sociedades postindustriales donde la exhibición obscena del sufrimiento y la analgesia del mismo, caminan de la mano.

Quizás el lector avisado no encuentre sorpresas llamativas en la elección de las fuentes que van sosteniendo la trama narrativa de cada uno de estos capítulos, pero el análisis radicalmente original de los mismos no le dejará indiferente. Como tampoco se puede sentir indiferencia ante la prosa inteligente, personalísima e irónica de Moscoso, que parece invitarnos a entender la lógica del sufrimiento humano, y cuando pensamos que eso nos salvará, nos deja a la intemperie haciéndonos recordar que ya nos advirtió al comienzo del libro sobre lo que parece cosa de magia en el teatro (p. 58). El marco conceptual es tan rico y complejo como el heurístico y desborda cualquier filiación disciplinar, aunque la voz sonora y sin complejos, de quien viene de la filosofía, domine sobre la más discreta del historiador. Y no podría ser de otra manera si, como nos aclara el *Post scriptum* que cierra el libro, la galería de actores secundarios, réplicas, decorado y tramoya desplegados en esta obra de un solo actor, tienen como última meta ayudarnos a poner orden en la experiencia del sufrimiento o de manera general, a poner orden «en el flujo de la vida» (p. 310). Ni más, ni menos. Difícil y ambicioso empeño que dan como resultado la propuesta más original y completa sobre el dolor publicada hasta la fecha. ■

Fernando Salmón

Universidad de Cantabria

Begoña Crespo García, Inés Lareo Martín; Isabel Moskowich-Spiegel Fandiño, eds. La mujer en la ciencia: historia de una desigualdad. Munich: Lincom Europa [colecc. Studies in Antropology n.º 15]; 2011, 155 p. ISBN: 9783862881017, € 67,60.

Como han mostrado los estudios de sociología del conocimiento científico, el proceso de institución académica de un campo interdisciplinar como «estudios

de género» o «women's studies» requiere un proceso distinto del normal para las áreas típicamente disciplinares, como genética, cristalografía o bioética. En una sucesión temporal significativa todas las disciplinas relacionadas deben ir integrando ese nuevo campo, legitimando los objetivos y métodos, incluyendo sus presupuestos o marcos teóricos, acostumbrándose a apreciar los resultados y a los nuevos expertos y su genealogía intelectual. En este sentido, el libro *La mujer en la ciencia. Historia de una desigualdad* tiene la virtud de cumplir, de un modo excelente, ese papel de traducción trans-disciplinar, además de provocar reflexiones inquietantes a unos y otros especialistas y ofrecer datos de fuentes preciosas o raramente usadas en historia de la ciencia.

Coordinado por investigadoras de filología inglesa, el libro presenta las contribuciones de ocho especialistas de diversas áreas científicas —historia y filosofía de la ciencia, matemáticas, ciencias físicas, filología y políticas de igualdad— reunidas en un curso de verano con el objeto de contestar a una vieja y reiterada cuestión: qué lugar cabe imaginar para las mujeres en la ciencia. Ofrece buenos ejemplos de los problemas más interesantes, en mi opinión, de la historiografía actual: mecanismos de desautorización del saber de las mujeres, la opacidad de lo femenino a la mirada histórica convencional, que nos exige cuestionar el concepto mismo de ciencia para su uso en el pasado y la discriminación vertical y horizontal de las mujeres en determinados campos científicos.

Los dos primeros capítulos están dedicados al mundo medieval y ofrecen dos propuestas bien diferentes. En el primero, la filóloga Cristina Mourón presenta el análisis de una obra literaria actual —*Un mundo sin fin*, de Ken Follet— para conocer las actividades de las mujeres médicas británicas (pp. 3-23), y en el segundo, la historiadora Montserrat Cabré analiza manuscritos de época —recetarios de mujeres— para reconstruir asimismo aquel mundo femenino, aunque en España (pp. 25-41). La calidad de las evidencias aportadas por uno y otro trabajo no son comparables, pero, juntos y en contraste, constituyen un verdadero *case study* para la formación académica en filología, en ciencias de la salud o en estudios de género.

Abordar la lectura de un *best seller* para tratar una de las cuestiones más espinosas de la historiografía médica como la diversidad de profesionales y actividades sanadoras y sus interacciones, es algo impensable en nuestra disciplina. Sin embargo, Mourón, en su estilo filológico, va desgranando los personajes y las situaciones centrada su atención en el perfil profesional y la posición social de los médicos, las médicas, las curanderas, las enfermeras, las matronas, cirujanas-barberas descritas por Follet, valorando o comentando su verosimilitud, así como las diferencias en algunos casos con el modelo de Francia. Sus

soportes bibliográficos denotan la tradición cultural británica de su disciplina, y cierta endogamia, aunque asuma presupuestos básicos de la historia social de las profesiones sanitarias, como la practicada por Luis García Ballester. Estudios tan exhaustivos y de tan fácil lectura son valiosos porque ayudan a comprender los mecanismos de la memoria y construcción de los mitos, a cotejar la imagen popularizada de la novela y la síntesis de los expertos (historiadores de la ciencia europea o de la historia general británica). También para subrayar las similitudes y diferencias con la asistencia sanitaria española, que no se analiza aquí, algo en lo que los profesores de historia de la medicina solemos emplear mucho tiempo, generalmente para desmentir las ideas que la audiencia española construye al suponer una universalidad que no está probada sino desmentida. Como ocurriera antes con la novela de *El médico* de Noah Gordon, el universo fabricado por Ken Follet mueve lecturas, disputas y malentendidos en las aulas para lo que debemos estar preparados.

Montserrat Cabré analiza unas fuentes inusuales en «Las prácticas de salud en el ámbito doméstico. Las recetas como textos de mujeres (s. XIV-XVII)» y lo hace en dialogo con la tradición historiográfica feminista, que indaga la autoridad y sabiduría de las mujeres, y los estudios sociológicos, que pretenden explicar cómo circula el saber. La autora reivindica el valor historiográfico de las recetas y los recetarios manuscritos —despreciados por el canon científico y por el canon literario— porque son textos *escritos* por las mujeres, que sirvieron para el intercambio de conocimientos entre ellas, y porque informan eficientemente de las prácticas sanitarias de quienes socialmente eran «las encargadas del mantenimiento cotidiano de la salud» de la población (p. 25). Las recetas dicen cómo elaborar un medicamento, un alimento o un preparado para mejorar la sensación de bienestar, cómo obtener y manipular sus ingredientes, cómo administrarlo o conservarlo. Los hechos del pasado rescatados son verdaderamente relevantes, pero lo que resulta más atractivo de este capítulo de M. Cabré —muy deudor de su *Women or healers? Household Practices and the categories of health care in late Medieval iberia* (Bull Hist Med 2008; 82/1: 18-51) y de su capítulo de cosmética publicado en *Secrets and knowledge in medicine and Science* (Ashgate, 2011)— es la sutil significación que va tejiendo de esa cultura femenina del «entre mujeres», de los vínculos entre recetas y memoria, cultura escrita y oral, producción y difusión de saberes (aquí las relaciones materno filiales u otras y las compilaciones de la recetas intercambiadas entre mujeres o recetarios), y ese género literario tan vivo, no tan menor ni exclusivamente femenino, que fueron las epístolas o cartas.

Los siguientes dos capítulos, centrados en los siglos XVIII-XIX, presentan resultados parciales de un proyecto de investigación de la universidad de la

Coruña que merece toda nuestra atención. Tiene por objeto la recopilación de un corpus de textos científicos —*Corpus Coruña* (CC)— escritos en inglés por nativos de Gran Bretaña y Estados Unidos para un análisis lingüístico y sociolingüístico. Del conjunto de los resultados, el libro ofrece los datos referidos a las mujeres científicas, y ahí radica el interés y originalidad de ambos capítulos. En «Por amor al conocimiento: entre la científica y la mujer», Begoña Crespo analiza, sobre todo, el contexto familiar, educativo que le permite explicar cómo se forja y vive una científica en un mundo tan masculino, especialmente enfocada en el mundo de la química. Por su parte, Inés Lareo (pp. 43-68) ofrece un perfil biográfico de las 23 autoras localizadas de los siglos XVIII y XIX que conviene retener: el 30,44% de la muestra fueron educadas solo en casa y el 40% recibieron, además, educación en colegios dominicales o instituciones de enseñanza; un 30% permanecieron solteras y un mismo porcentaje se casó con un científico, mientras el restante 40% lo hizo con hombres de otras profesiones; respecto a los motivos para publicar, el 40% lo hicieron por motivos económicos y sin recurrir a la clásica retórica exculpatoria de su condición femenina, que sólo lo observaron en 4 de las 23 científicas del *Coruña Corpus*. El problema es que el lector —o lectora— debe ir rescatando los valiosos datos propios del extenso discurso sobre el contexto en el que se hallan integrados. Se trata de un estilo científico que desconcierta a un historiador de la ciencia pero parece normal y fructífero entre filólogos (y otros estudiosos culturales); sorpresa que puede llegar a la desconfianza porque, aunque sus referentes bibliográficos sean buenos y atine con obras claves, por ejemplo, se utilizan las publicaciones de Margaret Rossiter en un plano de igualdad con la síntesis divulgativa de Margaret Alic, o no se citen los clásicos *Women in Science* o *The Biographical Dictionary of Women in Science* de Ogilvie (1986, 1996 y 2000).

Los cuatro últimos capítulos están referidos a la ciencia actual y su institución en el siglo XX. «Con faldas y en la ciencia: la igualdad en la enseñanza de las ciencias», de Paloma Alcalá Cortijo, cuestiona la lentitud del proceso de cambio ofreciendo datos cuantitativos alarmantes. «La Informática y la Telecomunicación desde una perspectiva de género» (Teresa E. Pérez, Rocío Raya Prida, Evangelina Santos Aláez de la Universidad de Granada) ofrece un ejemplo precioso del proceso de descubrimiento por las jóvenes de una realidad impensada, la marginación o ausencia de mujeres en su ámbito de trabajo, fundamentado, como es habitual, con abundantes tablas y gráficos. En «Institucionalización e innovación epistémica: feminismo, género y ciencia», Eulalia Pérez Sedeño (IFS-CCHS, CSIC) ofrece varios ejemplos de cómo se ha construido el androcentrismo actual, por ejemplo, excluyendo a mujeres expertas y experimentadas en el momento de la

institucionalización de la *American Psychology Association* y las necesidades de la guerra. «El papel social del saber femenino: perspectivas de distintos mundos» (Cristina Saucedo Baro del Instituto de la Mujer) es una equilibrada síntesis cuantitativa de la situación actual en clave progresista.

La mujer en la ciencia tiene tres inconvenientes formales que combinados hacen de él un libro casi ilegible en el sentido físico o visual de la palabra: el tamaño de su letra, que es muy inferior a cualquier libro normal; su impresión digital, que abarata costes al imprimir los ejemplares a demanda y peor calidad visual; y su alto precio (alemán), que triplica el de similares características del mundo académico en español. Como si la escasa experiencia hubiera llevado a la joven colección de antropología de la editorial Lincom-Europa al error de confundir la versatilidad de la pantalla del ordenador con la fijeza y esplendor de la página de un libro. La ventaja de este gran inconveniente es que todavía estamos a tiempo de corregirlo aumentando el tamaño de caja del libro en la “segunda edición” o, mejor, cambiando nuestras costumbres de lectura. Este ha sido el libro que en mi caso ha agudizado al extremo el dilema de nuestra época: ¿leer en pantalla o del libro?

Sea, pues, bienvenido un libro más de historia de las mujeres en la ciencia, cargado de hechos y de propuestas analíticas sorprendentes, concebido por un nuevo público interesado en la historia de la ciencia, y que ya puede adquirirse en formato electrónico para leerlo confortablemente en la pantalla de una tableta o un e-book. ■

Consuelo Miqueo

Universidad de Zaragoza

Michael Stolberg. Die Geschichte der Palliativmedizin. Medizinische Sterbebegleitung von 1500 bis heute. Frankfurt am Main: Mabuse Verlag; 2011, 303 p. ISBN: 978-3-940529-79-4, € 31.

Mi primera reflexión debe versar sobre el título de este libro; un título seguramente condicionado, como en tantos casos, por consideraciones editoriales, pues, para fortuna de sus lectores, no trata de «la historia de la medicina paliativa», aun cuando este asunto ocupe muy buena parte de sus páginas. El subtítulo es mucho más adecuado al contenido de la obra, bastante más ambicioso, y